



ACTUALIDAD EN EL DEPORTE: INVESTIGACIÓN Y APLICACIÓN

Luis Cantarero, F. Xavier Medina,
Ricardo Sánchez (Coordinadores)

1

FÚTBOL, BARRAS Y VIOLENCIA

MARIO ORTEGA OLIVARES

Universidad Autónoma Metropolitana. Xochimilco

1. DEPORTE Y VIOLENCIA

La agresividad es considerada como algo intrínseco a las prácticas deportivas, los entrenadores la promueven como un valor positivo entre los jugadores. Pero no se debe confundir ni la agresividad ni la violencia con la delincuencia, pues esta última implica la comisión de un delito. La violencia se refiere a una forma de actuar donde el individuo se deja llevar por la ira lo cual no necesariamente implica la infracción de la ley.

Los hooligans destacan por su agresividad. Sin embargo representan sólo son una minoría entre los aficionados británicos. La violencia no es nueva en el fútbol inglés, la práctica de pegar a la pelota sólo con los pies buscaba que los jugadores no riñeran con los puños.

La violencia de los hooligans no se puede atribuir sólo al consumo de alcohol, pues no todo beben antes de pelear y no todos los que se embriagan participan en las riñas. Arthur Hopcraft (1965) enumera una serie de factores que generan la violencia futbolística en Inglaterra: las riñas entre jugadores que desatan la confrontación entre los espectadores, el gusto de los fanáticos por pelear y destruir, la distribución espacial de los estadios y el resentimiento social de los aficionados. La violencia en el fútbol es un vehículo para que los adolescentes desfoguen las presiones propias de su edad, como la dependencia familiar y del inminente riesgo de llegar a la edad adulta, que para ellos es algo peor que una condena.

2. IDENTIDAD Y DESEMPLEO

La condición juvenil latinoamericana es de crisis, desempleo y depresión salarial. Los jóvenes abandonan con frecuencia la escuela

para ingresar en alguna actividad temporal de bajos ingresos, y dependen para sobrevivir del jefe de su familia. Tienden a cometer robos, por ejemplo el titular de la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal informó que el 12 por ciento del total de detenidos en 2007 fueron menores de edad, es decir 5 mil 806 jóvenes. La participación de los adolescentes destacó en robos a cuenta habientes con un 33.3, de teléfonos celulares con un 27.8 y en el tren metropolitano con una tasa 33.3 por ciento.

La crisis económica y el llamado “baby boom” han clausurado el acceso de los más jóvenes a un puesto de trabajo formal. Las familias concentran sus escasos recursos en los más débiles como niños y ancianos. El apoyo a la identidad juvenil ofrecido por la familia, la escuela y el empleo se ha desdibujado.

Con coros de trasgresión y las fintas rituales de ferocidad, los jóvenes fanáticos evaden el entorno social adverso. Los rituales en el estadio proclaman su superioridad en la coyuntura y reafirman su identidad con los colores del equipo.

Como la megalópolis neoliberal condena a los jóvenes al vacío del anonimato, ellos construyen una “identidad-tifossi” (así se denomina a los fanáticos del fútbol italiano por virulentos). Identidad edificada sobre la negación del estatuto humano a los miembros de la barra rival, quienes se transforman en cosas o animales salvajes que se pueden violentar sin remordimientos.

Los estereotipos futbolísticos tienden a codificarse como identidades negativas. En los encuentros de fútbol el mecanismo de identidad es binario, unos colores victoriosos serán reconocidos, otros enfrentarán el fracaso. La palabra “hincha” se deriva de hinchar, porque el aficionado exagera sus emociones con la esperanza de vencer.

De una demarcación dualista, cognitiva y ritual tratan estas tres hipótesis etnológicas: a) el fútbol promueve la división del mundo en amigos-enemigos a través de símbolos; 2) paralelo al encuentro en la cancha ocurre un enfrentamiento ritual entre amigos y enemigos que puede llegar a la violencia; y 3) el estadio no sólo alberga a los jugadores también es el marco de la conmemoración ritual entre los adversarios (Dal Lago, 1990: 30).

El amor a los colores del equipo parece ser la razón de ser de las barras bravas, pero lo que las mantiene cohesionadas es un mecanismo de diferenciación negativo, es el reconocerse como adversarios de los otros equipos, a quienes niegan y consideran por definición ilegítimos. Sus lazos se amalgaman mediante actos espectaculares y performáticos de violenta agresividad hacia los “otros” hinchas. Están seguros de que la barra rival no tiene la estatura suficiente para ser un verdadero rival, de entrada está simbólicamente derrotada aún en el caso de que su equipo pudiera triunfar en el pasto.

Para los tifosi la violencia es un elemento central en la estructuración de sus relaciones sociales, “reproduciendo representaciones, códigos y estilos de vida, a veces como protección a las hostilidades de nuestro tiempo” (Máximo, 2003: 47).

Al formar parte de una barra el “yo individual” del joven es subsumido por el “yo colectivo”, que piensa y actúa en forma alterna. La identidad-tifossi organiza su espacio-tiempo y le otorga una cultura diferencial con sus propios códigos, símbolos, cánticos, rituales y ceremonias. En su barra el adolescente puede oponer energía a la pasividad individual de la sociedad de masas, construyendo una alternativa de resistencia. La disputa con los adversarios en el estadio les permite gozar la fisicalidad de las experiencias, interactuar con fuerza al golpearse, codearse y beber con la consecuente segregación de estimulante adrenalina.

3. DESPOSEIDOS

Al analizar la composición social de las bandas de hooligans ingleses diversos estudios coinciden en que sus integrantes son adolescentes que pertenecen a las capas bajas de la clase obrera, trabajan como aprendices en alguna ocupación manual que no requiere gran calificación o son desempleados; cuentan con un nivel académico bajo y pueden haber sido expulsados de la escuela. En tanto proletarios comparten la desposesión de propiedades al seno de la sociedad inglesa que venera el éxito económico. “Para muchos adolescentes de la clase obrera, el club de soccer se convierte en su posesión su

propiedad en el sentido amplio de la palabra” (Roadburg, 1980: 273). Por fin cuentan su propio equipo de fútbol, algo que defender.

La prensa amarillista califica a los hooligans como el terror de las grandas, les lanza el estigma de bárbaros por alterar lo establecido y portar atuendos extraños; herejes por impugnar al autoridad; salvajes por violentos; y primitivos por su inmadurez. Gamberros que se comportan como animales o peor que animales en busca de la sangre y la destrucción. Discurso negativo que a fuerza de ser escuchado termina por ser adoptado entre los aludidos.

Los jóvenes con su comportamiento alternativo o salvaje buscan obtener autonomía e identidad propia, en una sociedad neoliberal que induce homogeneidad y docilidad. Las culturas juveniles aparecen como la rebeldía para la renovación. Los integrantes de las barras son personas normales, que gustan del fútbol y los boletos baratos vendidos por los capos. Van al estadio atraídos por la diversión, la bebida, la excitación del juego, el placer de la violencia. El gusto por la agresión y la violencia simbólica o física entre los socios de las barras puede convertirse adicción a la adrenalina que genera la violencia en el estadio, no el balde la barra del equipo de fútbol Monterrey se autodenomina “La Adicción”.

Cuando Otto M.J.Adang (1999) analizó a los hooligans con técnicas etológicas, descubrió que en 1997 la conducta de los hooligans en el fútbol se volvió más violenta y desbordó a los estadios. Al tiempo que el proletariado inglés resentía los efectos más adversos de las reformas neoliberales, tras la derrota de las centrales sindicales laboristas.

4. DESENCANTO JUVENIL

Vivimos en la “era del vacío” donde la identidad de los adolescentes debe adecuarse a un modo de control social emergente distinto al que predominó en la década de 1950. Para Jean Braudillard (1990: 84) es otra visión del mundo, una lógica de la aceleración de lo vacío donde la identidad es una forma de integración simbólica y un tipo de sujeción hegemónica a los designios del poder. Hay tal vaciamiento político de los jóvenes en tanto sujetos sociales que no pueden alcanzar una autonomía como sujetos.

Ante la crisis de los paradigmas y el derrumbe del estado benefactor, los jóvenes se refugian en barras y otras culturas urbanas que expresan sus necesidades sociales pero no llegan a resolverlas. Las gradas del estadio son una especie de foro teatral, donde la violencia representa la resistencia ritual de los jóvenes a su falta de opciones, a veces como comedia agresiva y en algunos casos como tragedia violenta. Las barras juveniles son espejos deformantes de una sociedad que fue vaciada por las reformas neoliberales.

Las gradas son una arena dramática que simboliza la sociedad del desencanto, donde la violencia es resultado de la indiferencia ante lo real y el vacío de una cultura, que pregona el individualismo y el placer egoísta de vivir el presente con intensidad. Hoy la juventud no tiene nada que esperar ni valores que merezcan ser apoyados, vuelca sus voluntades y anhelos en el fútbol para compensar su frustración, las barras son una forma distorsionada de resistencia al vaciamiento neoliberal. Se estimula una violencia “hard” sin proyecto, sin ambiciones “donde hay una desproporción entre riesgos y beneficios, entre un fin insignificante y medios extremos” (Cajueiro, 2003: 77). Los jóvenes adolecen de una conciencia colectiva y viven atrapados a una sociedad de consumo donde lo único que interesa es el individualismo.

La reestructuración neoliberal y la despolitización concomitante han fragmentado las sociedades de masas en múltiples y pequeños grupos que se agrupan alrededor de algún producto de la industria cultural, como ocurre con las barras seguidoras de los clubes de fútbol. Estas barras son una expresión de la cultura juvenil urbana.

Las barras, los darks, los eskatos, los punks y los emos, a pesar de sus diferencias simbólicas comparten la ausencia de proyectos, sus esfuerzos por diferenciarse de la generalidad, la construcción de un lenguaje y una ética particular. La pobreza generalizada en la Ciudad de México, ha debilitado la eficacia de las estrategias de supervivencia entre las familias de recursos medios y escasos. Las bandas les ofrecen una asociación defensiva para encarar las penurias cotidianas de una economía neoliberal hostil. Y conductas innovadoras –algunas ilícitas– que les ofrecen ingresos para completar la reproducción familiar. En la tribu los más jóvenes aprenden a sobrevivir a cualquier precio por las

buenas o por las malas. La banda es un grupo que se refugia en los intersticios, que se forma de manera espontánea y se cohesiona alrededor del conflicto. El comportamiento colectivo agresivo, violento y las escaramuzas simbólicas ofrecen una nueva tradición y un espíritu de cuerpo. Los muchachos responden a la hostilidad neoliberal y al anonimato que los despersonaliza, con la tribalización y con la fisicalidad a veces agresiva, del choque de cuerpos durante los forcejeos en el estadio. Estas bandas se constituyen por lo regular con jóvenes masculinos de entre 12 y 24 años. El periodo de adolescencia social que solía ser breve, ahora se está prolongando ante la falta de oportunidades para los adultos jóvenes, fenómeno conocido como la “moratoria” de la edad adulta.

5. FUTBOL Y COTIDIANEIDAD

Los estudios sobre la violencia de los hooligans han mostrado que el fenómeno no sólo se ha incrementado sino que se ha expandido. Un sábado típico de fútbol en Inglaterra comienza en el bar del barrio, sigue en el tren o en el autobús donde se retroalimenta el espíritu combativo. Cuando se acercan al estadio los hooligans toman las calles y confluyen para integrar una marcha ritual.

El punto focal del encuentro, viene y va entre la cancha donde ocurre el encuentro entre jugadores y la lucha simbólica por el predominio entre las barras. El encuentro dura noventa minutos, pero la jornada futbolera se extiende a lo largo del día. El estadio de fútbol se transforma en un campo de guerra para evitar que ocurra en la sociedad. La violencia estalla como espectáculo en las gradas del estadio, en las calles que lo rodean y en los choques rituales con la policía, pero que se encubre bajo el discurso de la normalidad rutinaria.

En el mundo hispanoamericano los hombres se desentienden de hogar y familia para jugar, beber y hablar de fútbol. Las vicisitudes del encuentro sabatino en el estadio ofrecen temas de conversación para toda la semana. El buen aficionado sigue día a día los acontecimientos futbolísticos, negocia sus tiempos y ritmos laborales para asistir a tiempo al estadio, altera la vida en el hogar y destina parte del gasto en

los festejos antes, durante y después del partido sin importar lo que le ocurra a la familia. Ignoramos a las llamadas “viudas” del fútbol, discutimos, denostamos y elogiamos lo ocurrido en las canchas, en los campeonatos o el desempeño del técnico nacional. No todos los aficionados juegan fútbol, ni todos asisten al estadio, pero todos lo viven al discutir sobre el tema. “Vivimos hablando, sea como sea, de él y de sus avatares [...] Ejemplo: hay un penal en la cancha. De acuerdo a nuestras simpatías, lo consideramos legítimo o ilegítimo. Lo discutimos inmediatamente y más aún: lo seguiremos discutiendo frecuentemente. Esa discusión o, más simplemente, esa aceptación o negación verbal, le otorga valores de sentido a dicho penal” (Antezana, 2003: 87).

La barra cuenta con un discurso ritual que fortalece e integra al grupo alrededor del mismo interés y pasión, que lo mantiene cohesionado. Un discurso cargado de alusiones crípticas y sobreentendidos que sólo el fanático entiende y se refuerza por los cronistas de la fuente. Los propios jugadores además de jugar en la cancha son elicitados por los medios de difusión a verbalizar sobre su desempeño y el de sus competidores, por lo que el encuentro continúa fuera del estadio en la prensa y la televisión.

6. DESEO DE SUPREMACÍA

Bajo el neoliberalismo el fútbol se ha convertido en un lucrativo espectáculo que genera violencia intergrupal. Los equipos rivales concurren al encuentro para “competir por prestigio, honor y, cada vez más por dinero” (Villena, 2003: 21). Se juega para derrotar al equipo contrincante, para alcanzar la victoria y gozar la humillación del vencido. El jugador entra a la cancha con la expectativa de una victoria que desate la orgía agresiva y frenética de la barra, o asumir en soledad la vergüenza de la derrota. El enfrentamiento entre las barras de aficionados sigue la lógica partisiana de lanzar todo tipo de estigmas al adversario para desvalorizarlo. Se arremete contra la otra barra con la expectativa de influir sobre el resultado del encuentro futbolístico.

Tras psicoanalizar al capo o líder de una barra brava, Roberto Maniglio (2007: 207) cuestiona el carácter inconsciente de la violencia en el fútbol. La meta última representada en la mente de los hooligans, es conquistar por la vía de la violencia una supremacía sobre sus contrincantes, para que sean reconocidos como los amos del barrio. El afán de supremacía y reconocimiento evoca el deseo de poder característico de los grupos totalitarios, que humillan a los débiles para sentirse superiores. Aunque en la práctica tales triunfos sólo tienen sentido para ellos, en su imaginario les permiten encubrir su complejo de inferioridad.

En su ansia de notoriedad las barras anhelan ser reconocidas por los medios aunque sea como ejemplo contrario. A pesar de las críticas, los hincha más violentos alimentan la esperanza de verse en la televisión golpeando espectadores y transeúntes. También se critica al fútbol y al deporte en general por cumplir funciones ideológicas de apoyo al orden imperante, en consonancia cada gol que se anota en las canchas sería un auto-gol contra los dominados.

7. VIOLENCIA RITUAL

Se supone que en la lucha por la supremacía entre las barras, predomina la violencia práctica sobre la violencia simbólica. Pero algunos autores señalan que la violencia de estos grupos tiende a ser más ritual que corporal. Las disputas entre barras tienden a ser más bravatas que enfrentamientos violentos.

La ferocidad de las barras futbolísticas es una metáfora crítica de la sociedad, un espejo demasiado realista de un México donde imperan las carencias. Su agresividad no es fruto del azar, “sino el producto de una óptica interna según la cual la sociedad expresa sus contradicciones e intenta suprimirlas en sectores localizados y las ve resurgir en otros lados bajo nuevas formas” (Monod, 1970: 313-314).

El fútbol puede analizarse desde la perspectiva de los rituales de rebelión, pues como diría Georges Balandier (1994) el supremo ardid del poder es impugnarse ritualmente para así consolidarse con mayor eficiencia. El fútbol se transforma en ritual al romper la cotidianidad en un tiempo y en un espacio determinado. Cuenta con unos

marcadores de entrada y unos de salida, desde que se lanza la moneda al aire para iniciar el partido, cuando el aficionado se transforma en un virulento tifosi; hasta que el momento en que el silbato del árbitro finaliza la representación del drama. Un gol marca el clímax ritual del encuentro como una metáfora machista de la culminación del coito. El conjunto de rituales, cánticos, símbolos, expresiones y el tótem de las barras conforma un tipo de cultura juvenil conocida como la subcultura del hincha (Villena, 2003: 23).

Todo hincha está convencido de que su equipo tiene una oportunidad de ganar, siempre y cuando reciba el apoyo de su barra de fanáticos con coros y coreografías. Por ello estimula a sus jugadores y desanima a los contrincantes. La influencia del apoyo de los hinchas se manifiesta en la llamada “ventaja del equipo local”, cuando el coro de aficionados en el estadio está a su disposición, obligando al árbitro a no provocar a la muchedumbre. Pero eso los jugadores deben salir a la cancha del rival ignorando lo que ocurre en las gradas.

El entusiasmo se desborda cuando el equipo gana, pues los tifosi atribuyen la victoria al apoyo desplegado, por tanto también son vencedores. El fútbol en cuanto espectáculo es una arena pública, un escenario de dramas simbólicos donde se construyen identidades comunitarias. Como su poder simbólico permite a los hinchas expresar sus afectos, angustias, inhibiciones y pulsiones, crea la ilusión de la existencia de una comunidad fraterna alrededor de los colores del equipo, una “*communitas* irreal” donde confluyen individuos con desiguales intereses económicos y sociales. Ese “sentimiento comunitario de las barras refuerza la cohesión social mediante el conjuro catártico de las fuerzas disgregantes, a la manera de otras celebraciones festivas, como los carnavales” (Villena, 2003: 29).

El estadio es como una pirámide invertida, los empresarios negocian en los palcos y ven el partido por el televisor, la clase media se ubica en la cómoda sombra. Los pobres quedan cerca del cielo prometido y lejos de la cancha pero en el centro de la acción (Fábregas, 2001: 272-273). Como diría Vicente Verdú (1980) el fútbol-espectáculo como ritual cuenta con un templo, un escenario, sacerdotes, sabios, héroes, mártires, víctimas y victimarios.

En el estadio la emotividad se aleja de la racionalidad, el fútbol es un complejo ritual que incluye dos subprocesos uno en la cancha y otro en las graderías. La disputa entre barras corre paralela al juego en cancha, se manifiesta principalmente como enfrentamiento ritual pero puede llegar a la agresión. En todo partido hay tres actores, dos combatientes y un testigo que polemizan. Los jugadores ofrendan sus tiradas y el público los retribuye con su admiración. Durante el drama ritual los actores despliegan y definen preguntas y respuestas acerca de su identidad o pasión por el equipo. En la disputa se busca la reafirmación propia, se construye una auto-imagen que sea reconocible por los “otros”, a quienes se denigra o se aprende a respetar. El enfrentamiento ritual parece tener una secuencia, cuando es disturbada, “esto es si la agresión no puede ser expresada de manera ritual, estallará en una forma no ritual o violenta” (Roadburg, 1980: 267). La imprudencia de un árbitro, un desliz de la policía, o la escasez de cerveza pueden alterar a los tifosi y desatar el conflicto. Los hinchas perciben mala intención en toda acción de sus oponentes, aun cuando ella no exista. Reaccionan con odio y rabia pues se consideran víctimas inocentes del injusto árbitro o del intimidante policía. En la psicología de la multitud todos los “otros”, desde el árbitro hasta el vendedor pueden volverse blancos de agresión de las barras.

El fútbol atrae a las masas por ser una vía de ascenso social. Un humilde personaje nacido en lo profundo de la favela. Puede convertirse como jugador en un hombre de éxito y gozar de fama olímpica. En el fútbol latinoamericano la epopeya deportiva se integra con la epopeya del ascenso desde el fondo del espectro social. La pasión por jugadores como Pelé “no es otra cosa que una de las formas que reviste la pasión que por la igualdad sienten las masas que no tienen ningún acceso a ella” (Medina, 1995: 73).

En el mundo contemporáneo es difícil sobresalir en la vida, por eso los tifosi delegan en las estrellas del equipo su ilusión de éxito. Cada victoria del equipo es una victoria del fanático, de su cultura y de su patria, en forma mimética se comparte la victoria y la derrota. La lealtad del aficionado se compensa al ostentar con vanidad el triunfo del equipo. Otras veces exige soportar las burlas y las agresiones ante la derrota. La relación del aficionado con su equipo una especie de

relación amorosa entre “el eros y el tanatos, el amor y la muerte se expresan en la cancha. En el subcódigo erótico el gol es como un coito...” (Medina, 1995: 91). Parte del ritual futbolístico consiste en marchar colectivamente al estadio. A medida que se estrecha el camino y crecer la afluencia, el grupo de tifosi tiene una profunda vivencia cultural, se transforma en una muchedumbre que vibra al unísono con un poderoso sentimiento de masa proclive al estallido.

8. BRAVAS LAS BARRAS

A inicios de la década de los ochentas los fanáticos al fútbol vivieron una profunda transformación en Brasil y en Chile. En el entorno urbano brasileño los hinchas se agruparon en organizaciones burocratizadas listas para combatir o “torcidas”. Se ha asociado el crecimiento de las barras bravas con el incremento de la violencia. Una clave de la agresividad en el fútbol inglés es que el alcohol y el fútbol son culturalmente inseparables, La propia lógica del juego de fútbol actúa como vector de la agresividad de los aficionados. Su poder de estimular las emociones explica la atracción del aficionado hacia este deporte. Como lo confirma el testimonio de un adolescente aficionado: “Es por la atmósfera que asistimos. Tu tienes que detener el fútbol para detener la violencia” (Roadburg, 1980: 274).

En Chile como después en México, las directivas de los equipos estimularon la creación de barras bravas al estilo argentino, que agregaban la agresión verbal masiva al empleo de cánticos y banderas. La prensa recibió con beneplácito su espectacularidad y justificó su conducta violenta. A diferencia de los viejos fanáticos localistas y parroquiales, las nuevas barras ostentan elementos lúdicos y simbólicos propios de la sociedad de consumo como logos y prendas deportivas de marca.

Los tifosi también se preparan para los choques físicos contra sus rivales. Conceptos militares como tácticas, estrategias, línea de combate y pelotón forman parte de su discurso cotidiano. “La emergencia de las barras bravas representó la militarización del hacha del fútbol” (Duke y Crolley, 1996: 107).

El fútbol-espectáculo contemporáneo expande y festeja la agresividad de los fanáticos. El ejercicio de la violencia ha transformado a las barras en corporaciones amafiadas cuyo dirigente es una especie de “capo”. Que vende seguridad a quien la necesite y pueda pagar, como a los dirigentes de la federación o los candidatos municipales. La práctica de la violencia se ha convertido en una lucrativa fuente de ingresos.

Los actos violentos de las barras llegan a poner en riesgo las inversiones de los dueños del equipo. Entre mayor sea la agresividad de una barra más se cotizan en el mercado, “a mayor posibilidad de peligro más dinero hay que pagar para conseguir más policías” (Ferreiro, 1993: 68-69).

9. MEDIOS Y VIOLENCIA

El fútbol es un espectáculo porque permite emitir y recibir mensaje, elaborar signos y símbolos y concentrar emociones. No sólo los jugadores son actores en el foro del estadio, los espectadores también lo son porque forman el coro que los glorifica o humilla. El foro del fútbol va más allá del estadio, se constituye también con la audiencia que lo sigue en la prensa, la radio y el televisor. Cuando se obtiene un gran triunfo el coro se torna multitudinario pues incluye hasta los ausentes en el estadio. “Estas celebraciones son, dicho sea de paso, tan parte del espectáculo como la caída teatral para motivar, en nuestro ejemplo, un penal” (Antezana, 2003: 87-88).

Dirigentes de barras bravas y torcidas atribuyen el incremento de la violencia a dos factores, el primero es la influencia de los medios y el segundo la agresividad entre jugadores propia del fútbol. Los *hinchas* anhelan aparecer televisión o lograr una nota en el periódico sin importar que los presenten de manera negativa, pues de todos modos se refuerza su “identidad-tifossi”. Cuando la televisión difunde imágenes de sus conductas violentas les otorga el reconocimiento en el barrio, los convierte en estrellas ante sus novias y amigas.

Ante la aguda mercantilización del fútbol como espectáculo, los comentaristas que sustentaban sus juicios con su experiencia práctica y analítica fueron desplazados por periodistas pasionales proclives a

dar credibilidad y legitimidad a sus opiniones en base sus estridentes afectos y odios. Esos reporteros apasionados incitan a los fanáticos para imponer la condición de local a cualquier costo. La promoción artificial de las barras bravas por parte de las directivas de los clubes, las carencias generalizadas y el vacío en las sociedades latinoamericanas ha sido el caldo de cultivo de la virulencia en los estadios. Cual aprendiz de brujo, dicho sector de la prensa contribuyó a desatar fuerzas ocultas imposibles de controlar (Santa Cruz, 2003: 209).

La convivencia con imágenes repetitivas de agresiones por televisión genera temor. Según Jean Baudillard (1990) lo social ha muerto y fue sustituido por una saturación de información mediática que nos torna indiferentes ante lo que ocurre a los demás. Caemos en una vorágine de violencia, devoramos con morbo las imágenes de la violencia en espera de ser víctimas o victimarios. “La prensa en vez de colaborar y querer saber cuales son los puntos para tener una solución, prefiere vender una imagen, vender un periódico” (Máximo, 2003: 45).

BIBLIOGRAFÍA

ADANG, Otto M.J. (1999) “Systematic observations of violent interactions between football hooligans” in K. THIENPONT & R. CLIQUET (eds.) *In-group/ Out-group behaviour in modern societies. An evolutionary perspective*, Brussel, Vlaamse Gemeenschap.

ANTEZANA, Luis H. (2003) “Fútbol: espectáculo e identidad” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 85-98.

BALANDIER, Georges (1994) *De la representación del poder al poder de la representación*, Buenos Aires, Paidós.

BAUDRILLARD, Jean (1991) *La transparencia del mal. Ensayo sobre los fenómenos extremos*, Anagrama, Barcelona.

CAJUEIRO, Tarcynaie (2003) “O lado ‘hard’ da cultura ‘cool’: as torcidas e a violência no futebol” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 75-84.

- DAL LAGO, Alessandro (1990) *Descrizione di una battaglia*, Bologna, Il Mulino.
- DUKE, Vic y CROLLEY, Liz (1994) *Football, Nationality and the State*, Longman, Nueva York.
- FÁBREGAS, Andrés (2002) “Lo sagrado del rebaño: el fútbol como integrador de identidades”, *El Colegio de Sonora* 24, pp. 271-275.
- FERREIRO, Juan Pablo (2003) “Ni la muerte nos va a separar, desde el cielo te voy a alentar. Apuntes sobre identidad y fútbol en Jujuy” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 57-74.
- HOPCRAFT, Arthur (1965) *The Football Man*, London, Aurum Press.
- MANIGLIO, Roberto (2007) “Case Report. The Hooligan’s Mind”, *Journal of Forensic Science* 1, p. 204.
- MÁXIMO, Carlos Alberto (2003) “Torcidas organizadas de futebol. Identidade e identificações, dimensões cotidianas” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 39-55.
- MEDINA, Federico (1995) “Los narradores deportivos y sus epopeyas cotidianas”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* 2, pp. 69-106
- MONOD, Jean (1970) “Un air marginal”, in *L’Homme et la societe* 16, pp. 303-322.
- ROADBURG, Alan (1980) “Factors Precipitating Fan Violence: A Comparison of Professional Soccer in Britain and North America”, *The British Journal of Sociology* 12, pp. 265-276
- SANTA CRUZ, Eduardo A. (2003) “Fútbol y nacionalismo de mercado en el Chile actual” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 199-224.
- VERDÚ, Vicente (1980) *El fútbol: mitos, ritos y símbolos*, Madrid, Alianza editorial.

VILLENA, Sergio (2003) “El fútbol y sus identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos” en P. Alabarces (comp.) *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 257-271.